



La pequeña república de "El Patriarca" del Zulia

Descripción

En la comunidad de los Habirú hay 35 baños y un pozo séptico gigante. Sobre este, en un piso adornado con cerámica rústica recién pulida, 63 adultos y 17 niños practican bailoterapia cada domingo. Participar en la actividad es una obligación, como también lo es respetar la norma de no fumar, no beber, no tocar la grama y entregar toda la recompensa del trabajo diario a un arca de beneficio colectivo. Nadie tiene un solo bolívar en el bolsillo, pero todos tienen acceso a educación privada, cursos de natación, salas de juego, parques infantiles, espacios comunes, centro de computación, trabajo según su oficio y una prolongada y repetitiva clase de estudios de la Biblia según la corriente adventista del Séptimo Día, que despierta cada sábado con banquetes criollos, ropa barata y mucha, mucha algarabía. El propósito es agradecer por todo eso a Dios y a Leonel, *El Profeta*. Es como un *kibutz* del tercer mundo viviendo el sueño comunitario que pregona el llamado *Socialismo del siglo XXI*.

El sector La Cruz debe su nombre a una triste plaza sin luces que sus pobladores construyeron hace años para que la zona tenga un punto de referencia. Y solo sirve para eso: sus vecinos no la recorren y tampoco tiene alumbrado público. Está enclavada entre tres calles de arena y la avenida principal de El Bajo, la parroquia más al sur del municipio San Francisco, en Maracaibo (capital del estado Zulia, noroeste de Venezuela). Tradicionalmente, es lugar de tránsito para dueños de camaroneras y sus residentes hacen vida dentro de ella pelando camarones por un salario casi miserable. También hay petroleros y sedes de empresas estatales. La pobreza y la opulencia hacen contraste entre sus abandonados parajes.

En una de esas calles polvorientas hay una humilde casa de arquitectura colonial marabina con las paredes corroídas por el salitre que llega desde el vecino Lago de Maracaibo. Leonel González se crió allí con sus seis hermanos y creció entre los estudios de docencia y el aburrimiento. Un día, el 17 de agosto de 1985 y motivado por una gran curiosidad, llegó al templo adventista del séptimo día que funciona en el sector Sierra Maestra, a varios kilómetros de donde vive. Buscaba conocer la palabrade Dios y la aceptación en el grupo social. Tenía 17 años y poco sabía bailar o socializar en celebraciones del barrio. Que su vida se parezca a la de algún personaje de la historia contemporánea nacional es pura coincidencia, asegura, sentado en un sillón de metal y rodeado de sus tres más fieles seguidores.

—Me daba cuenta de que a la iglesia le faltaba algo, yo quería asumir el rol de reformador que necesitaba la iglesia. Que despertara de ese letargo. Fue cuando me desfraternizaron la primera vez. Tenía 18 años.

Leonel estuvo casado por casi 30 años (viudo desde 2014) y tiene dos hijas. En 2011 la prensa lo señaló de haber sido sorprendido, en 1985, besando a un hombre en las instalaciones de uno de los 35 templos adventistas que existen en el país. A ese señalamiento lo acompañaron acusaciones de violación de niños y adolescentes.

— ¿Tú no te masturbas?— Leonel se ríe con los ojos y los labios. Genera confianza. —Yo también me masturbo. La iglesia adventista prohíbe la masturbación, y yo a los 18 años invité a un compañero para que nos masturbáramos juntos y eso fue lo que detonó mi primera expulsión.

La *desfraternización* para Leonel no significó nada. Entre ceja y ceja tenía la idea de reformar su templo y demostrar a los seguidores que la Adventista, lejos de ser una religión de práctica del bien común, se convertía en el mismo problema de fe: devoción y adulación a un ser supremo llamado Dios. Así que se mantuvo y luego fue aceptado.

Su conversación se alargó por más de una hora en explicar los motivos de sus inicios, antes de fundar Habirú, pero él mismo concluyó que la corriente religiosa que seguía no practicaba lo que profesaba. Incluso no tenía un profeta, que es una figura de consejo que debe tener toda congregación de creyentes.

Otro 17 de agosto, pero de 2002, fue expulsado nuevamente del templo. Esta vez toda la burocracia religiosa del estado Zulia se reunió para terminar con esta molestia que arrastraba cada vez más personas. Ese día 53 seguidores fueron desfraternizados. Ya Leonel acostumbraba a instar a sus concentrados oyentes a dejar de un lado las alabanzas a Jesús y comenzar a practicar lo que él pedía: vivir en comunidad por el bien común.



De bigotes despoblados, el llamado Patriarca, Leonel González, no ha escapado a la polémica desde que fue expulsado de la primera congregación religiosa de la que formó parte. Foto: Facebook/Los Habirú.

Cuando lo echaron de nuevo de la iglesia, ya Leonel estaba casado y vivía en una pequeña casa que había construido en el mismo terreno donde está la que lo vio nacer. Se trata de un espacio del tamaño de una cuadra con acceso a dos calles paralelas. Antes de verse derrotado, se llevó a los otros 52 expulsados a su domicilio y los invitó a congregarse cada semana para fundar una nueva iglesia que, de verdad, practicara los mandamientos del hijo de Dios. Así construyeron la primera sala y tres años después comenzaron a vivir juntos. Los 53.

En hebreo, Habirú significa “el que cruza”. Las escrituras aseguran que alguna vez fueron nómadas, alguna vez mercenarios, alguna vez esclavos y otros rebeldes. Leonel está seguro que los Habirú fueron una casta babilónica dominada por Mesopotamia y condenada desde entonces al prejuicio. Al vivir juntos, en comunidad, los 53 cruzaron las normas establecidas de la sociedad moderna, y también se rebelaron contra las prohibiciones y prácticas de la iglesia adventista. Todos se autodenominaron Habirú. Para entonces ya en Venezuela se hablaba de socialismo y de un Estado comunal cuyo líder, Hugo Chávez, soñaba con ciudades satélites y autogestión comunitaria. Era 2005.

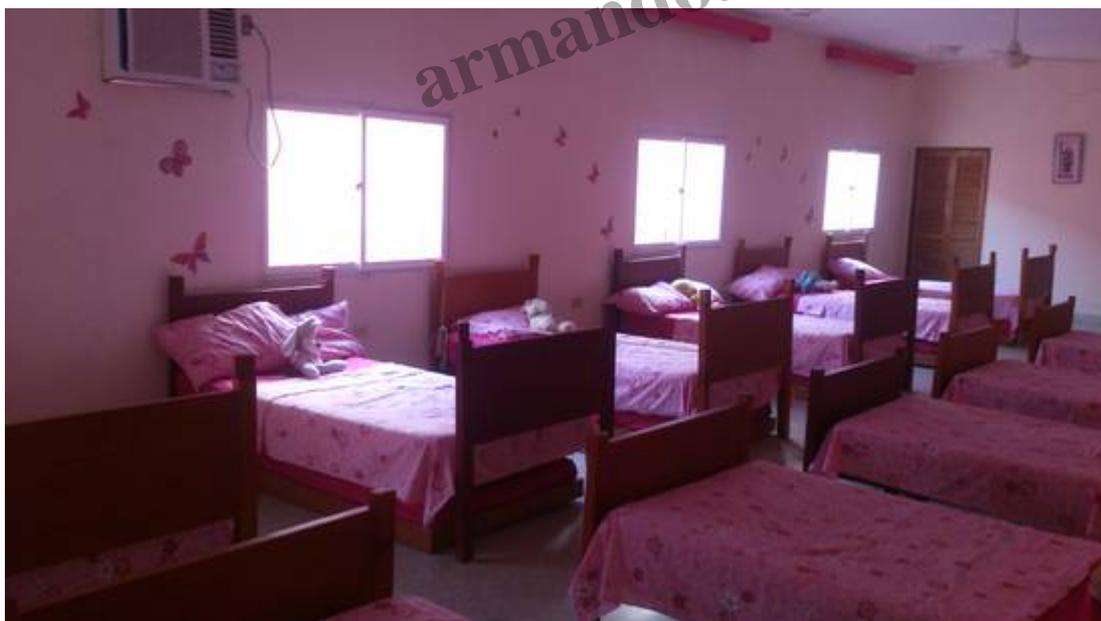
Acoso policial

Sería la 1.00 de la tarde, no menos. Leonel salió de la dirección del colegio Guillermo Miller y se fue a su casa a almorzar cuando lo llamaron desde la puerta. En El Bajo la brisa es fuerte por su cercanía con la playa, y a esa hora los niños acababan de salir de clases. Cuando Leonel se asomó, solo vio a

dos mujeres. Una de ellas, dice, con más aspecto de hombre que de mujer, y la otra, una desgarbada funcionaria del Consejo de Protección del Niño y el Adolescente. No llevaban orden de allanamiento, pero sí chapas que las identificaban como miembros del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (CICPC, la policía auxiliar de la Fiscalía en Venezuela). Su esposa, Yaneth, no sabía qué esperar, ya había lidiado con mucho, así que les abrió la puerta y las damas ingresaron a la residencia. Una ojeada a los cuartos, otra a los pasillos, anotación en papel. Un grito de la asexuada funcionaria, otro grito más fuerte, una amenaza.

La defensora de los derechos de los niños le espetó a Leonel que el colegio que él dirigía era ilegal, pero ese 16 de marzo de 2011 había actualizado los documentos. Le quitaron un teléfono móvil e inspeccionaron todo el colegio. El procedimiento tardó cerca de una hora, y terminó cuando un inspector de la Policía científica llamado Luis Noguera reconoció que no había motivos para detenerlo, pero le sugirió que fuera a la delegación policial de la jurisdicción para que supiera de qué se trataba su denuncia.

Leonel, que no sabe conducir, le pidió a uno de sus seguidores que manejara el carro y a Yuvani, su fiel compañero, que lo siguiera hasta la oficina policial. No sabía qué pensar el profeta y se dedicó a mirar el recorrido entre su casa y la vieja cruz: un camión cava que acababa de llegar con un grupo de estudiantes, la reunión de unos vecinos en su apoyo y una docena (o más, no recuerda cuántas eran) de patrullas de la Policía municipal de San Francisco. Leonel se preguntó qué pasaba antes de soltar una risa nerviosa.



Cada matrimonio tiene su habitación propia, pero sus hijos duermen en cuartos comunes. La habitación de las niñas, por ejemplo, tiene ocho camas todas cubiertas con edredones rosados. Foto: Juan José Faría.

El delito del éxito

Ya constituidos como una comunidad basada en las escrituras cristianas, los Habirú participaron, todos, en la Misión Vuelvan Caras, un programa del gobierno de Hugo Chávez que daba asesoría a los venezolanos para organizar cooperativas. De allí recibieron financiamiento y fundaron una

panadería por distribución, es decir, preparan productos y los venden a los comercios. De esa forma hicieron crecer la vivienda y compraron dos propiedades en unos barrios cercanos. Cada miembro de la cooperativa debía ejercer una función y todo el dinero recolectado se llevaba a un arca para administrarlo de manera equitativa con servicios y el cubrimiento de necesidades. Luego la práctica creció y los Habirú desarrollaron otras actividades domésticas, porque todos vivían juntos.

Ya con contactos en el oficialismo, los miembros de la cooperativa se encargaban de preparar los almuerzos a toda asamblea y acto político que se hacía en el sur de Maracaibo. A los cinco años, sus miembros ya tenían una residencia (en el terreno de los padres de Leonel), dos panificadoras, un carro tipo sedán, un camión de distribución, un camión cava, un colegio privado y un mercado popular que vende alimentos a los pobladores de La Cruz a precios solidarios.

El colegio Guillermo Miller queda justo en la casa de Leonel y sobre el mercado popular. Allí estudian los 17 niños que viven en la comuna, y sus madres son las maestras. A la vez, cerca de 180 niños de la comunidad reciben clases en esa institución privada, con salones solo para 12 estudiantes y equipados con libros, computadoras y aire acondicionado. Los representantes, la mayoría trabajadores de las camarógrafas, pagan 200 bolívares al mes, que es lo mismo que un dólar al cambio del mercado negro.

La popular eficiencia de los habirú provocó que los vecinos los invitaran a participar en las elecciones de los consejos comunales, por lo que Leonel se convirtió en uno de sus miembros junto con Yuvani. Entre sus proyectos estaba el de construir una escuela para niños con necesidades especiales que beneficiaría a 30 sectores de esa parroquia.

Los tratos con la administración pública le proveyeron de fondos pero también de enemigos. Los miembros de los consejos comunales, al recibir los fondos por parte del Gobierno, deben buscar empresas contratistas para ejecutarlos. Ya tenían varios miles de bolívares en la mano cuando los líderes parroquiales del gubernamental Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) recomendaron varios conocidos.

—Me llamaban personas desconocidas diciendo que él y su empresa podían hacer la obra, pero nosotros nos negamos, y como yo debía firmar los cheques, nunca se aprobó nada para nadie.

La escuela nueva se llama Desiderio Vílchez y fue la única obra entregada por consejo comunal alguno en San Francisco. Aunque el proyecto dictaba que se trataba de una humilde estructura, ellos le instalaron un parque infantil y aparatos de aire acondicionado. Parte del secreto fue que la mano de obra salió de Habirú, ya que ellos se encargan de toda la planificación, arquitectura y construcción de absolutamente todo. No pagan por ningún servicio y los costos bajan.

—Nosotros demostramos que con el presupuesto que entregaban sí se podía hacer la obra- cuenta Leonel.

Así cualquiera se gana enemigos.

Loco video loco

—No sé de quién era el teléfono que me quitaron, pero sí, tenía un video pornográfico- Lleva un reloj

negro de correa plástica, una camisa azul de mangas cortas y unos bigotes despoblados. Sus rasgos faciales denotan alguna descendencia indígena.



Tras varias asambleas de ciudadanos, los miembros de la comunidad de Habirú formaron parte del consejo comunal de la zona, donde ni siquiera para la alcaldía pasaron desapercibidos. Foto: Facebook/Los Habirú.

Armando Guillén es un comisario de más de 50 años, casi dos metros de alto, voz grave y un gran mostacho. Estuvo desde 2010 y aproximadamente hasta 2012 dirigiendo la subdelegación San Francisco –un municipio del sur del área metropolitana de Maracaibo– de la Policía científica. Pese a sus aciertos, los medios locales criticaban su cercano vínculo con el alcalde Omar Prieto, del PSUV. Lo llegaron a acusar de recibir órdenes directas del alcalde, sin obedecer a ninguna otra jerarquía.

Ese día Leonel llegó a las viejas oficinas policiales y lo llevaron directamente al despacho de Guillén, ubicado en el primer piso (en la planta baja solo unas oficinas, y en un pasillo enrejado, los baños justo al lado de los calabozos). Sentía cierta tranquilidad, pero antes de reunirse con el comisario, vio salir de la oficina a Raúl Díaz Granados, el novio de la hermana de su esposa que meses antes se había ido de Habirú despreciando todo el entorno. Se miraron a los ojos, pero no se dirigieron las palabras.

Al entrar, el comisario le aclaró las dudas: la denuncia la había hecho Raúl, sobre algunas irregularidades en su comuna. De cualquier forma, no pasaría a mayores, pensó, pero aún le sorprendía todo el aparataje policial por una denuncia que no pasaría de ser un chisme.

–Cuando terminó la conversación con el comisario, me dieron ganas de ir al baño.

Leonel González estuvo preso durante seis meses.

Trabajo cruel, trabajo forzoso, violencia sexual en grado de continuidad, lucro por trabajo contraindicado, lucro por trabajo en niños y niñas, exhibición de material pornográfico y reducción a la esclavitud. Bajo esos delitos fue presentado Leonel, junto con Yuvani y el chofer de ambos. Al día siguiente ingresó al área del *Bunker* del retén El Marite y entonces comenzó el escándalo en todo el estado Zulia.

—Cuando un nuevo detenido llega al retén, la bienvenida es una golpiza, pero el “pran” estaba ocupado ese día. Los otros presos nos pidieron, antes de que nos golpearan, que no gritáramos mucho porque eso los desesperaba—. A ninguno de los tres los golpearon nunca. Para Leonel, el “pran” es buena gente.

Ellos mantuvieron el orden y respetaron las normas internas de los líderes de facto del penitenciario, pero el resto de los detenidos seguía preocupado. La golpiza era inminente.

Otra práctica común, es que el líder penitenciario asesine a quien haya cometido un delito grave como violación. De acuerdo a ese código sin escribir, los delitos de Leonel y compañía eran imperdonables, y a diario los medios locales —*Panorama, La Verdad, Versión Final*— publicaban nuevos detalles aportados por el comisario Guillén: que Leonel daba autorización a los jóvenes para masturbarse solo en su presencia para luego devolverles el favor; que recurría a la violencia física sin razón aparente y que habían desaparecido 30 niños de la comuna.

El profeta, lejos de recibir una golpiza, hizo amistad con el líder y con los otros detenidos. Con su integridad asegurada, pero preso, y con la incertidumbre de no saber a qué enemigo temerle.



La comuna tiene una escuela para atender a sus 17 niños y a otros 180 de los alrededores. Al final del año escolar, el púlpito del templo se convierte en tarima de auditorio para entregar los títulos de bachiller a los nuevos graduandos. Foto: Cortesía Habirú.

—No sé quién fue. No sé si los consejos comunales y las personas que se han ido molestas se unieron. No sé si fue el alcalde Omar Prieto, no sé, pero esto fue una prueba que debimos afrontar y la verdad siempre sale.

El viernes 1 de abril de ese año, 2011, la esposa de Leonel, Yaneth, dijo al diario Versión Final que el alcalde Omar Prieto había prometido exterminar lo que denominó una “secta”, mientras que ella misma denunció que intereses políticos querían quedarse con sus instalaciones.

El caso de *El Patriarca*, como lo bautizaron desde la oficina policial, cayó en manos de la fiscalía 48 del Ministerio Público, a cargo de Fernando Lossada. Pasados los 45 días que exige la ley para hallar evidencias que logren incriminar a los imputados, los seis delitos fueron desestimados, como también posteriores denuncias de violación y de intento de asesinato contra una mujer que murió en 2002 en un accidente vial. Pese a que todos esos casos fueron en épocas diferentes, algún ente bien organizado logró recabar toda la información, incluso la supuesta homosexualidad por la que fue expulsado en 1985. Leonel aún insiste en desconocer quién está detrás de todas las acusaciones.

El día que se cumplieron los 45 días, a Leonel, Yuvani y su chofer le quitaron los seis delitos. No hubo evidencia alguna de trato cruel, violación o reducción a la esclavitud. Terminada la audiencia y con sus reputaciones lavadas frente a la autoridad nacional, el profeta y sus compañeros regresaron aun así al retén policial.

Planificación centralizada

La comuna creció desde 2011. Ahora son 63 adultos y 17 niños los que viven entre sus enramadas. En el recibidor hay un juego de muebles blancos de cuero con una lámpara de cristales colgantes y una mesa de vidrio, desde donde se ve el porcelanato beige del suelo recién pulido. A los lados, unas habitaciones ocupadas por los matrimonios, algunas de ellas con cunas, pañales desechables y ropa de bebés. También hay un cuarto para niñas con ocho camas todas cubiertas con edredones rosados y rodeados por decoraciones detalladas (mariposas, lámparas, cuadros). Leonel mismo es el encargado del diseño. En el comedor hay una mesa con ocho puestos y a un lado una de las seis cocinas: revestimiento de mármol con gabinetes de madera tallada y manijas cromadas. Más allá, otra cocina con tres mesas, todas con ocho o más puestos.

Para Leonel lo de “patriarca” no le resulta un calificativo peyorativo, aunque reconoce que quien lo llama así es porque leyó el periódico. Sin embargo, cree que la policía tenía razón, porque él es el líder y padre de toda esa organización.

—Vivimos en comunidad, formamos una comuna. En pocas palabras, somos comunistas. Lo dice mientras sale de esa primera estructura, su vieja casa amoblada, y pasar a una enramada con pisos de caico y sillones playeros.

Lo muestra todo, sin grandilocuencia. Llega a la sala de reuniones donde hay cualquier cantidad de adornos, otra cocina, otra mesa de vidrio, otra sala de estar y una esquina con varios retratos. Adán

de un lado, Jesús del otro. De arriba abajo, personajes importantes del templo adventista. En el medio, en el cuadro más grande, Leonel. El cuadro lo pintó uno de los que allí vive, como también cocinan quienes allí residen.



Cuando apresaron a su pastor, la congregación marchó por Maracaibo para pedir por su liberación. Foto: Cortesía Habirú.

En otra ala de estructura, los cuartos. Son dos pabellones con camas individuales, de madera, de lado y lado. El azul de uno y el rosado de otro identifican que los ocupantes están divididos por sexo. Todo cuidadosamente puesto: mesa de noche, lámpara, cuadro, ventana. Luego, mesa de noche, lámpara, cuadro, ventana. También hay ventiladores y aire acondicionado. Desde allí se puede ver que una suerte de puente une el primer piso de un ala con el primer piso de otro. Hay más cuartos, bibliotecas, salas de computación, áreas de juego, salones de reuniones.

Leonel tiene su oficina y él pone las reglas. Recorre las caminerías de cemento y a la vez prohíbe pisar la grama. Saluda a un albañil que hace un nuevo salón y advierte que a él no se le paga. Tiene techo, comida, educación, entretenimiento y solo debe hacer lo que sabe hacer. Llega a la zona de bailoterapia y recuerda que allí abajo se deposita lo que sale de los 35 baños de la estructura, porque en el barrio no hay red de aguas negras. Lo dice a la vez que señala la piscina, donde uno de los residentes enseña natación los domingos y todos, todos, deben acatar la clase. También señala, orgulloso, que tiene seis plantas eléctricas, que debió comprarlas durante la crisis, y que ya no depende del Estado en ese aspecto. Muestra también, en una zona más alejada, la construcción de la sala de visita y un pequeño gallinero. Su plan es producir su propia comida porque a diario debe comprar costales de vegetales y alimentos al por mayor. Todo está planificado en la pequeña república gobernada por *El Patriarca*.

Como Al Capone

Anabel vive con su esposo y sus tres hijos en Habirú desde 2011. Escuchó a Leonel desde hace muchos años antes de su expulsión definitiva y compartía su pensamiento. Joven e impetuosa, la morena se fue a estudiar a Canadá y regresó a Venezuela con un título de abogada y casada con un salvadoreño. Cuando llegó en 2010, duró unos pocos meses. La rigurosidad de las normas no le gustó. Es otro estilo de vida.

Hay horas para levantarse y horas para dormir. Está escrito lo que se debe y lo que no se debe hacer, así que desistió de la idea y regresó a su casa.

–Pero afuera me di cuenta de que me sentía mejor aquí y regresé en 2011. Soy la abogada de la cooperativa y de Habirú-, aclara orgullosa a la vez que muestra un paquete de “arepanes”, una especie de pan pita integral que revolucionó las panaderías y los fondos de la cooperativa.

El año en el que regresó, se estrenó en la batalla entre un hombre y el Estado. –El juicio de Leonel terminó en noviembre de 2014.

El día que desestimaron sus delitos, sin embargo, regresaron al retén. El mismo fiscal, Lossada, les había imputado un nuevo cargo: defraudación tributaria. Como con Al Capone, le dieron la vuelta al caso para acusarle por asuntos de impuestos presuntamente evadidos. Leonel se convirtió en el primer zuliano en permanecer detenido en un centro de arrestos preventivos durante más de cuatro meses por no haber declarado impuestos sobre la renta.

Anabel explicó que normalmente se trata de un procedimiento administrativo muy engorroso porque es el ente tributario (Seniat) el que debe iniciar la investigación y luego remitirla al Ministerio Público. En caso de demostrarse, se procede a una sanción administrativa. En este caso fue la detención preventiva.



Tras varias asambleas de ciudadanos, los miembros de la comunidad de Habirú formaron

parte del consejo comunal de la zona, donde ni siquiera para la alcaldía pasaron desapercibidos. Foto: Facebook/Los Habirú.

–Pero hay otro detalle: por ser Habirú una cooperativa, solo debe declarar impuestos, no pagarlos.

Las anomalías se extendieron. Aunque el delito fue imputado contra Leonel, el fiscal solicitó la congelación de todos los bienes de la cooperativa. Habría sido aceptable en caso de que la investigación recayera sobre tal organización y no contra una persona natural. Al cumplirse los seis meses y después de algunos retrasos procesales, Leonel González y Yuvani (el chofer fue liberado al cabo de los 45 días) regresaron a Habirú bajo régimen de presentación.

El caso fue sobreseído.

Fin de mundo

–Sí, se burlaron en la prensa, pero sí ocurrió el 6 de enero de 2012 lo que había pronosticado: el comienzo del fin de los tiempos. Yo soy un profeta-, Leonel no pierde nunca la sonrisa ni la confianza en sí mismo.

Para él, todo fue una prueba. Hoy recolecta evidencias para denunciar al fiscal Fernando Lossada. Ya señaló el caso contra el diario *Panorama* en el Colegio Nacional de Periodistas y aún evalúa si hará una demanda formal contra el periódico frente al Ministerio Público. Después de la detención y de las acusaciones, la comuna creció y mejoraron sus instalaciones, hay nuevos integrantes y busca, cada día, que los miembros se multipliquen.

Según él, nunca ha rechazado a nadie. Raúl Díaz Granados, uno de sus acusadores, vivió varios años en Habirú y un día, ya cansado de tener que respetar las normas, se fue. Su esposa, la hermana de la esposa de Leonel, no quiso dejar la comunidad y eso lo molestó. Como él, otras personas se han ido.

Una de las principales normas de Habirú es que quien se vaya, no puede llevarse nada, pero toda la edificación está en el terreno de los padres de Leonel.

Son las 5.00 de la tarde y desde el patio trasero se escucha la algarabía. Son al menos nueve niños con uniforme escolar jugando en un pequeño parque. No hay norma que controle la arena en las franelas blancas.

–Pronto vas a escuchar de nosotros, porque queremos que esto crezca, que miles de personas vivan así, con nosotros- El proyecto de Leonel demuestra que el error del comunismo es aislarse de la religión.

El Patriarca, a quien lo ha perseguido desde siempre la sexualidad en todas sus expresiones, no tiene pareja desde que Yaneth murió a causa de un cáncer. Se niega a sustituirla.

–Ella va a resucitar. La estoy esperando.



En la comuna adventista no falta alimento para el alma y el estómago. Tanto así que han estandarizado una línea de producción de “arepanes”, una especie de pan pita integral que venden a las panaderías de la zona. Foto: Juan José Faría.

Fecha de creación
2015/03/28

armando.info